

peñados: sin embargo puso las fronteras en estado de defensa, apoderándose al mismo tiempo Juan de Riveira de algunas plazas de Navarra, mientras que el rey y su esposa empleaban todas sus fuerzas en abatir el orgullo de los mahometanos. No sabemos cual de los dos esposos se distinguió mas en la guerra; ambos iban al frente de sus tropas; ambos participaban de los riesgos y fatigas del soldado, y los dos se coronaron de gloria por el buen éxito de sus empresas contra el rey moro de Granada. Hallábase Fernando sitiando la ciudad de Ronda, su artillería había destruido los torreones y una gran parte de los edificios; pero como los habitantes se defendiesen con valor obstinado, Fernando ofreció pasarlos á cuchillo si se resistían por mas tiempo; tomó por fin la ciudad por asalto, y cuando el rey vió aquellos valientes guerreros llenos de heridas, sus hijos llorando y sus mugeres desoladas, les permitió que pasasen á Castilla con sus familias y bienes que pudieran llevar consigo; permitiéndoles ademas el libre ejercicio de su religion; la misma bondad usó en las plazas que como aquella se resistieron. Sin embargo poco faltó para morir asesinados don Fernando y su esposa en el sitio de Málaga. Uno de los prisioneros que había hecho pidió con reiteradas instancias ser presentado al rey, bajo pretexto de descubrirle el medio de ganar la plaza sin efusion de sangre; los que le custodiaban accedieron, y entró primeramente en la tienda de una de las camaristas de la reina que en aquel momento estaba jugando al ajedrez con el principe de Braganza; el moro tomándolos por Isabel y Fernando, arrojó su cimitarra al principe y le hirió en la cabeza; pero los soldados sin dar lugar á mas se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos. Mientras Fernando volaba de victoria en victoria se suscitaban nuevas turbulencias en el reino de Aragon: los aragoneses se resistían á que se estableciese en Zaragoza la inquisicion, hasta el punto de asesinar al primero de los inquisidores en la misma iglesia catedral. Cuando lo supo Fernando pasó á Zaragoza; á pesar de la resistencia de sus habitantes, nombró un nuevo inquisidor y castigó á los reos como merecia el delito. Al mismo tiempo que esto sucedia, Juan de Albret deseando casarse con la hija del duque de Bretaña y con ocasion de la guerra que se había suscitado entre este y la Francia, solicitó de Fernando su alianza con el rey de Navarra, rogándole que

tomase este reino bajo su proteccion; el aragonés accedió fácilmente, prometiéndole su asistencia, y dando orden á Riveira para que evacuase las plazas que ocupaba en Navarra, marchó Fernando otra vez á reunirse con su esposa. Por aquel tiempo el soldan de Egipto diputó dos religiosos de Jerusalem para manifestar á los dos reyes (que así llamaban á Isabel y Fernando) que si no renunciaban á la conquista de Granada trataria á los cristianos que se hallaban en sus dominios como á enemigos de su religion y estado; Fernando tembló al principio; pero aconsejado por su esposa contestó, que olvidaria toda moderacion si el soldan trataba de incomodar á los cristianos y condeñaria á muerte á los mahometanos, ó á una perpetua esclavitud; y no haciendo caso de las amenazas de su enemigo, que no tuvieron efecto, se adelantó hácia Granada. Para llegar á esta capital no le faltaban que conquistar mas que dos plazas que estaban en poder del caudillo Zagal, quien resentido por haber elegido los mahometanos para rey de Granada á Boabdil, ó acaso por creer imposible hacer frente á Fernando, salió al encuentro del vencedor para entregarle las llaves; apeóse de su caballo luego que vió á Fernando y quiso besarle las manos. El monarca español le abrazó y colocó á su lado, señalándole despues una ciudad y algunas plazas vecinas con 3,000 vasallos y 6,000,000 de maravedises de renta; pero como Zagal prefiriese marchar á Africa, recibió en metálico el capital de esta renta. Los dos reyes despues de haber conquistado treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, sin contar las que sin resistencia se les rindieron, fueron á acamparse á los alrededores de Granada. En este famoso sitio fué donde empezó á dar pruebas de valor el famoso Gonzalo de Córdoba, conocido por el Gran Capitan. (Véase su artículo) y donde doña Isabel, la heroica española desplegó toda la grandeza de su carácter. Por fin despues de un largo y terrible sitio trató Granada de rendirse; y en 1.º de enero de 1492 se firmaron las capitulaciones y Fernando é Isabel hicieron su entrada pública en la misma plaza cuatro dias despues, tratando á Boabdil con la misma consideracion que á su tio Mahomed el Zagal. Los dos reyes lograron, con esta tan afortunada como gloriosa expedicion, espulsar para siempre de España á los mahometanos despues de una dominacion de 776 años. El papa Inocencio VIII que vió en don Fernan-

do y su esposa dos baluartes inespugnables de la fé, los dió el sobrenombre de Católicos que conservaron y conservarán sus sucesores. Concluida la guerra de Granada procuró Fernando hacer alianza con varios principes para detener los progresos que las armas francesas hacian en Italia. El emperador Maximiliano fué el primero que se unió con don Fernando, sirviendo de garantía á esta alianza el matrimonio de doña Juana, princesa de Castilla, con el archiduque Felipe de Austria, que despues fué rey de España. Mandó igualmente Fernando embajadores á Enrique VII, rey de Inglaterra, para que entrase en la liga, por medio del casamiento del principe de Gales con la infanta doña Catalina de Castilla. Luego que estaba todo preparado para entrar en campaña, envió Fernando á Italia á don Gonzalo de Córdoba con numerosas fuerzas de mar y tierra. Este valiente capitan apenas se vió en Italia, venció al enemigo y se apoderó de la Calabria, pero para evitar sangre se convinieron el rey católico y el monarca francés en repartir aquel reino entre las coronas de España y Francia. Sin embargo, hubo luego disensiones, pero no tardó el famoso Gonzalo de Córdoba en arrojar á los franceses de todo el reino, y despues fortificar las fronteras para evitar alguna tentativa. Sin embargo, se le oponia á Fernando un obstáculo digno de la mayor consideracion. Doña Leonor infanta de Aragon y hermana de don Fernando que gobernaba en Navarra, temblaba por la suerte de don Juan de Albret y doña Catalina herederos legitimos de la corona; y como temiese que don Fernando se apoderase del reino recibió en todas las plazas fuertes guarniciones francesas para asegurarlas á sus nietos. En efecto don Fernando consideraba necesario ocupar el reino de Navarra para dejar asegurada enteramente la España; propuso, pues, á su hermana que se separase de la Francia y le confiase como en depósito aquel reino. Negóse doña Leonor á estas peticiones y don Fernando sin miramiento alguno arrojó á los franceses y logró unir la Navarra Alta á la corona de Castilla. Sin embargo de tanto disturbio, España gozaba de la mas recta y útil administracion, sin que sirvieran de obstáculos las grandes empresas en que los reyes católicos se hallaban empeñados, entre las que ocupa un lugar preferente el arriesgado proyecto de Cristóbal Colon, que poco antes había sido despreciado de la republica de Génova y aun de la corte de Portu-

gal. El principal cuidado de los reyes católicos, dice un historiador, fué el abatir el orgullo de los grandes, los cuales habían llegado á creerse tan señores como sus reyes con las inmensas riquezas que poseian, y como el efecto de este orgullo hubiera sido una guerra civil, era indispensable combatir este orgullo, como lo hizo don Fernando con la prudencia que era su principal guia. A tal estado habían llegado los reyes católicos; pero en medio de tantas glorias sufrieron un golpe mas terrible sin duda que la pérdida de una batalla, cual fué la irreparable de su hijo único, el principe don Juan, en quien fundaban las mas lisonjeras esperanzas, y el cual murió sin haber tenido hijo alguno de su matrimonio con doña Margarita, hija de Maximiliano. Mas esta desgracia no interrumpió el curso de sus victorias y hazañas. Todavía el rey ocasion de manifestar su valor contra los mahometanos á quien derrotó enteramente, y por este último suceso publicó un decreto el vencedor Fernando en que mandaba que todos los moros que no abrazasen la religion cristiana saliesen del reino: 10,000 recibieron el agua del bautismo y mas de 100,000 los que se marcharon á Africa: tal fué el resultado de aquel famoso decreto. No les quedaba á don Fernando y á doña Isabel mas sucesion que doña Juana, casada, como hemos dicho, con el archiduque de Austria: esta princesa conocida con el sobrenombre de Loca ofrecia pocas esperanzas; pero viendo próxima la muerte doña Isabel, nombróla en su testamento sucesora á la corona de Castilla y de Granada; y despues de ella á su nieto don Carlos. Murió en efecto la reina doña Isabel dejando en el mas profundo sentimiento á sus súbditos, y Fernando queriendo cumplir con la última disposicion de su esposa, llamó al archiduque Felipe que se hallaba en Flandes, y proclamó á doña Juana reina de Castilla, tomando la regencia del reino por declaracion de los estados. Con la muerte de doña Isabel se avivó el mal reprimido fuego de la rebelion á que tan acostumbrados estaban los grandes de Castilla. Descontentos la mayor parte de estos por la severidad de don Fernando y la firmeza con que, reprimiendo su vuelo, les había privado de tantas y tan pingües obvecciones, trataron de invalidar el testamento de la reina privándole de la gubernacion del estado que en aquel documento se le delegaba. Acaudillados por don Juan Manuel, acérrimo partidario del archiduque, á nada me-

nos tendian que á espulsar del reino á don Fernando, fiando el gobierno á las manos de don Felipe, llamado el Hermoso, esposo de la legitima soberana de Castilla. Pero si sus proyectos hallaron acogida en el ánimo de don Felipe, que para llevarlos á cabo juntó un poderoso ejército, á cuyo frente trataba de conquistar el reino de su esposa, se desvanecieron al cabo por mediacion del emperador Maximiliano, celebrándose una concordia en la que se estipuló que la administracion del reino quedase repartida entre doña Juana como propietaria, don Felipe como su legitimo marido, y don Fernando como gobernador perpetuo, siendo reconocido el principe don Carlos por inmediato sucesor á la corona, y distribuyéndose las rentas por mitad entre el rey católico y sus hijos. A esta concordia, firmada en Salamanca el año de 1504 por el rey y los embajadores de don Felipe, dió principalmente lugar el político paso que dió aquel pidiendo al monarca de Francia la mano de su sobrina Germana de Foix y privando así del apoyo de esta potencia al archiduque. Pero si la autoridad quedaba repartida entre los tres por igual, pues hasta los despachos debian encabezarse con el nombre de la reina y los dos reyes, no satisfizo este arreglo á don Felipe que á toda costa queria reinar sin rival. Disimuló sin embargo por entonces y se aprestó á venir á España con su esposa, saliendo al efecto de Middlebourg el 8 de enero de 1506, y desembarcando despues de bastantes azares á mediados de abril en la Coruña. En este intervalo no había permanecido ocioso don Fernando. Apenas falleció su esposa, se apresuró á cumplir su última voluntad en cuanto alcanzase, y al efecto convocó las cortes para Toro. En ellas se hizo reconocer por regente del reino, y presentó á la aprobacion, que fué obtenida, el código que aquella gran reina tenía dispuesto para sus estados, conocido en el dia bajo el título de leyes de Toro. Llamó tambien la mayor parte de las tropas que tenía en Italia el Gran Capitan, dirigiéndolas contra el Africa, donde se tomó la ciudad y puerto de Mazalquivir, y organizó las fuerzas de la península para contener las que aprestaba en su contra el archiduque, si bien la concordia de Salamanca alejó por entonces la tempestad. Pero apenas desembarcó Felipe en la Coruña y vió la alfluencia de magnates que acudieron á ofrecerle sus servicios, cuando descubrió desde luego sus intentos, y anulando la reciente con-

cordia declaró públicamente que no pasaria por su contenido, insistiendo en que don Fernando renunciase á la regencia de Castilla y se retirase á Aragon. Indignado el rey católico de tan solapada conducta y de la actitud hostil que su yerno había tomado, quiso acudir por su parte á las armas; pero la deslealtad de muchos de sus parciales y la consideracion de que iba á encender una guerra en que contrarestaría los sagrados derechos de su hija, le hicieron variar de propósito y ofrecer á Don Felipe sujetar la decision de las contestaciones pendientes al resultado de una entrevista personal. Acordóse por una y otra parte esta conferencia, y en su consecuencia se avistaron ambos reyes en una casa de labor llamada el Remesal en las cercanias de la Puebla de Sanabria. Don Felipe acudió á ella al frente de 6,000 hombres de armas prestos para la lid, al paso que don Fernando iba solo acompañado de un corto séquito de gente toda de paz y desarmada, del duque de Alva y del arzobispo de Toledo que le habían permanecido fieles. El resultado fué bien desagradable para ambos; pues herido el rey católico en todos sus afectos por la altivez, ingratitud é insoportable ambicion de su yerno y la deslealtad de los que á este seguian, se separó diciendo que suscribiria á cualquier convenio que ellos quisieran dictar. En vista de esta aquiescencia, redactáronse por el archiduque las condiciones, y don Fernando las firmó sin examen el dia 27 de junio de 1506, dejando en virtud de ellas á sus hijos el gobierno de Castilla, y retirándose á Aragon. Con la ausencia del rey católico, no tenía Felipe mas traba para contemplarse rey esclusivo y absoluto que la personal de doña Juana; pero prevaleciendo de sus accesos de demencia la encerró en una habitacion aislada, y convocó cortes en Valladolid para que se la declarase incapaz de gobernar y refuyese en él solo toda la autoridad. Mas los fieles castellanos resistieron tenazmente prestar su asentimiento á tal medida, y don Felipe hubo de contentarse con regir subsidiariamente el estado. Su conducta legitimo á poco esta medida de las cortes y patentizó cuan justos eran los recelos de los diputados; pues si aun así oprimió de un modo increíble á la infeliz reina que en él y por él vivia, si los destinos mas principales de que se lanzó á los mas leales castellanos sirvieron de galardón á los famélicos flamencos, y si el gobierno de los pueblos se abandonó con los tesoros del estado

á merced de ambiciosos favoritos, puede figurarse hasta donde hubiese llegado la tiranía de este rey, primer extranjero que ocupó el s6lio desde que fué alzado por Pelayo. El descontento cundia de un modo prodigioso, y algunos celosos procuradores de las ciudades intentaban ya sacar de su esclavitud forzada á la reina, espulsando ignominiosamente á los advenedizos extranjeros, cuando la muerte de don Felipe, ocurrida á los nueve meses de su llegada á España, vino á atajar naturalmente estos males. Arrebatado al amor de su esposa en la flor de su edad, pues solo contaba 29 años, la demencia de la infeliz doña Juana se acreció de un modo espantoso, dejándola muy pocos momentos de lucidez. Aparecieron por lo tanto en la escena multitud de pretendientes á la regencia que provisionalmente se formó de siete individuos, bajo la presidencia del tan célebre arzobispo de Toledo Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Unos y otros se agitaban y querian se nombrase á don Fernando, al emperador de Alemania, á los reyes de Portugal ó Navarra, y aun á Enrique VII de Inglaterra, casando á la hija de este con el principe don Carlos. Pero todos estos planes fueron destruidos por la firme voluntad y político manejo del cardenal Cisneros, quien convencido de que la reina queria entregar el gobierno á su padre, por habérselo así manifestado en uno de sus lucidos intervalos al rogarla firmase la convocatoria de las cortes, se declaró el campeón mas decidido de don Fernando, hasta que consiguió se le llamara. En tanto que llegaba, se apoderó en nombre de la reina y á sus propias espensas de las principales fortalezas y plazas del reino, que puso á disposicion del rey, tan pronto como volvió de Italia, lo cual se verificó en julio de 1507. Con la llegada de Fernando, á quien su hija entregó el gobierno, hubieron de aquietarse los revoltosos mal su grado, bajo la fuerte mano del que tan bien sabia reprimirlos. Volvieron las cosas á su estado normal, y el rey cat6lico, si bien absoluto y altivo; pudo alcanzar un gobierno pacífico, y con él los medios de llevar adelante sus planes de conquista y guerra en lo exterior. La expedicion de Oran, á costa y bajo la direccion del cardenal Cisneros, que dió por resultado apoderarse de la plaza por asalto á principios del año 1509, y facilitó la posterior conquista de Bujía y Trípoli por el conde Pedro Navarro, y el hacer tributarios y vasallos de Castilla á los moros de Argel,

Tremecen y Tunes, fué un hecho tan grande por la gloria en él adquirida por quien acometió y terminó la empresa, como por la importancia material de las tierras conquistadas y la preponderancia que con su adquisicion obtuvo la ya opulenta monarquía. Pero no contento aun con haber extendido sus dominios por el Africa, aspiraba don Fernando á hacer suya la Navarra; toda vez que para ello le ofrecian ocasion las no interrumpidas discordias que dominaban en aquel desgraciado pais. Fué origen principal de este deseo la resistencia que don Juan de Albret, rey de Navarra opuso para conceder paso á las tropas castellanas destinadas á invadir la Francia, cuya negativa ofendió al rey cat6lico en tanto grado que se decidió á conquistar la Navarra. La posicion de don Fernando en aquella época no podia ser mas favorable para llevar á cabo su intento. Habia tomado parte activa con el papa, el emperador de Alemania y el rey de Francia en la famosa liga de Cambray, formada en 1507 contra los venecianos; pero el descalabro que la flota española sufrió tres años despues ante la isla de Gerves, y la division que ya trabajaba á los coligados, fomentada por la poderosa república su contraria, dió ocasion favorable á esta para hacer proposiciones amistosas al papa y á don Fernando. Resultado de ellas fué el que estos se separasen de la liga y que por aquel se diese al rey cat6lico la investidura del reino de Nápoles, reconociéndose feudatario de la silla apost6lica, contrayendo ambos en seguida con los venecianos otra nueva alianza, que se denominó Santa, dirigida en contra de la Francia. Se abrió la campaña con la infausta batalla de Rávena, en que los coligados fueron completamente batidos, si bien costó la vida al duque de Nemours que la ganó; pero recuperados los españoles de este golpe, que no supieron utilizar en su favor los vencedores, lanzaron á los franceses de Bresa y todo el Milanésado, dando lugar á que las tropas que en Castilla se aprontaron para reforzar el ejército de Italia pudiesen dirigirse á las fronteras de Francia. Fué entonces cuando el rey cat6lico solicitó del navarro libre paso por sus estados, que le fué negado, si bien bajo la mas formal protesta de permanecer neutral en la contienda; pero como á poco celebrase una alianza ofensiva y defensiva, con Luis XII, no dió treguas don Fernando á su enojo; reunió todas sus fuerzas en Vitoria, dió el mando de ellas al duque de Alva don Fadrique de Toledo, y cayó so-

bre Pamplona, donde se hallaba Juan de Albret. El 20 de julio de 1512, entró en Navarra el ejército castellano, haciendo huir precipitadamente á cuantos destacamentos venian á impedir el paso; el 23 se estableció el cerco de Pamplona, de donde ya habia huido cobardemente el rey; el 25 se rindió la plaza, y siguiendo su ejemplo, fuéronse entregando inmediatamente las demas ciudades y pueblos, de modo que en cinco dias se halló dueño el rey cat6lico de toda la Navarra. Vanas fueron las tentativas que el pusilánime Juan de Albret hizo despues, apoyado por la Francia, para recuperar su perdida corona, porque derrotadas sus tropas en todos ellos, tuvo que repasar los Pirineos aviniéndose á una composicion con don Fernando. Dej6sele el dominio de la Navarra baja, que en 1539 unió á la corona su segundo nieto Enrique IV, que ocupó el trono de Francia. Juzgada de diversos modos la conquista de Navarra y su incorporacion á la corona de Castilla, estuvo sin embargo muy lejos de ser una usurpacion, como los historiadores franceses se complacen en calificarla. Sino personales, don Fernando tenia derechos á este reino como soberano de Castilla, y aun por eso sin duda llevó su delicadeza hasta el extremo de agregar estos estados á la corona de Castilla y no á la de Aragon, de que era propietario, como hubiera podido hacerlo fácilmente. Dijimos ya en su lugar que don Juan de Aragon tomó parte activa en las intrigas de sus hermanos los infantes contra don Alvaro de Luna, y que empeñado por ellos en una desastrosa guerra, hubo de procurar la paz, dando en matrimonio su hija doña Blanca al principe heredero, rey despues bajo el nombre de Enrique IV. Tenia á la sazón don Juan otro hijo de su primer matrimonio con doña Blanca de Navarra, por cuya muerte, acaecida en 1.º de abril de 1441, recayó de derecho en él la corona de Navarra. Casado don Juan en segundas nupcias con doña Juana Enriquez, y habido un hijo de ella, hemos ya tambien mencionado cual fué su resistencia á entregar la gubernacion de aquel reino á su hijo el principe de Viana, sostenido por la familia de Beaumont, al paso que la de Agramunt apoyaba la espoliacion. Con este motivo se animaron los parciales de uno y otro bando, y acudiendo por último á las armas, hubo de unirse don Carlos al rey de Castilla y aventurar por fin junto á Aibar una batalla en que fué derrotado y preso por su mismo hermano

don Alfonso. Pasaban estos sucesos en octubre de 1452, y aun cuando despues de ininidad de incidentes, que no podemos detenernos á enumerar, se dió libertad al principe, sujetando la decision de las discordias entre padre é hijo al arbitrio del rey de Aragon, como este falleció sin dirimir las en 1458, heredó su corona don Juan, con lo que la situacion de don Carlos se empeoró. No desistió sin embargo de llevar adelante la concordia intentada con su padre, ya rey de Aragon, y volvió de Nápoles á España con este objeto, avistándose ambos en Barcelona; pero celoso el monarca del entusiasmo que por todas partes inspiraba su hijo, enconado su resentimiento, que degeneró en sospechoso recelo, por las infames calumnias vertidas contra el principe por su madrastra, y vivamente ofendido de los secretos tratos por aquel mantenidos para desposarse con doña Isabel de Castilla, determinó ya su perdition. Llamóle con este objeto á Lérida, dándole un salvo conducto, á tiempo que estaban reunidas las cortes en ella, y sin respetos á su palabra y despues de despedir á los diputados, mandó prender á su hijo como reo de alta traicion. Tan desnaturalizado é injusto proceder no pudo menos de concitar en su contra cuanto de leal y generoso habia en la Navarra, el Aragon y Cataluña; volviéronse otra vez á tomar las armas en defensa del desvalido principe, y hubo de ser tal el imponente aspecto de este casi general levantamiento, que el rey se vió obligado á dar libertad á su hijo en 1461. Desde su misma prision de Morella participó este tan fausta nueva á todos sus partidarios; pero poco les duró el contentamiento, pues en medio de las contestaciones empeñadas acerca del porvenir y seguridad del que tan bien querian, vino la muerte á arrebatárle á los 40 años de edad en setiembre del mismo año 61, á impulso de sus padecimientos físicos y morales, y aun, segun algunos, al del veneno que se le dió por medio de unas píldoras en Morella, rumor que se acreció cuando á pocos dias se halló tambien muerto á su repostero. De aqui la indignacion que al saber las circunstancias de su muerte, surgió en toda Cataluña, y la sublevacion del principado que dió lugar á los sucesos de que antes se hizo mérito; pero si vencedor don Juan de la rebelion armada, nunca pudo acallar la acusadora voz contra él alzada, que tomó mucha mayor consistencia cuando se vió el bárbaro proceder de este inhumano padre con su hija doña

Blanca, que el monarca de Castilla habia repudiado al subir al trono. Heredera esta infortunada princesa del reino de Navarra por muerte de su hermano don Carlos, fué tan desapiadadamente perseguida como este. Decidido don Juan á no entregar aquellos estados mientras viviese, tenia secretamente estipulado con el conde de Foix, esposo ya de doña Leonor, hija de su segundo enlace con la de Enriquez, que á su muerte se trasmitiese á él la soberanía de Navarra. Era por lo tanto un obstáculo doña Blanca, que se negó á renunciar sus derechos y á encerrarse en un convento, como se lo exigieron, y á pretexto de haberse tambien resistido á seguir á su padre á Francia temerosa de una violencia, fué reducida á una prision y conducida al castillo de Ortez en el Bearn, donde se la entregó en poder de los condes de Foix. Mas á pesar de lo vigilada que estaba, y presintiendo ya una catástrofe como la de su hermano, halló medio de dejar en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se le hacia para compelerla á renunciar la corona en favor de su hermana doña Leonor, condesa de Foix, declarando desde luego completamente nulos, de ningun valor ni efecto, cuantos documentos pudieran aparecer desde aquella fecha en adelante, en su nombre y bajo su firma, renunciando sus derechos á la corona, á menos que fuese en favor del rey de Castilla don Enrique IV ó del conde de Armañac. Sabedora á los tres dias de que se iba á entregar á los condes, y temiendo con mas fundamento que nunca que se iba á cometer un atentado contra su vida, hizo en San Juan de Pi6 de Puerto y con fecha de 30 de abril de 1462 una donacion «inter vivos», ó sea una cesion plena y completa del reino de Navarra y cuantos estados le pertenecian en favor de su muy amado primo don Enrique IV, rey de Castilla, y de sus sucesores, escribiéndole ademas una carta tan lastimosa y tan tierna: que no puede leerse sin conmocion; en ella le rogaba que tuviese lástima de una infeliz con la que tenia relaciones estrechas como la de haber sido su esposa, que acudiese á libertarla de la tiranía que sobre ella tan injustamente se ejercia, ó que de lo contrario, y si llegaba tarde, vengase su muerte. No fueron por desgracia tan vanos sus presentimientos como sus quejas, pues á pesar de su inocencia, nadie salió por entonces en su defensa ni se supo cosa alguna de su suerte, hasta que á principios de 1464 se celebraron sus exequias en la catedral de Lescar. En-

cerrada en el castillo Ortez, en el Bearn, bajo el poder de los condes de Foix, sus mas acérrimos enemigos, y á merced de su desalmada hermana, que en ella veia un perenne obstáculo á su engrandecimiento; la opinion mas comun y acreditada es que murió envenenada; pero la divina justicia no dejó al infame fratricida gozar el maldecido fruto de su crimen, pues habiendo muerto repentinamente don Juan II el 19 de enero de 1469, y proclamada Leonor soberana de Navarra, siguió al sepulcro á su padre, falleciendo el dia 10 del siguiente mes de febrero. Su vida amargada por una continua lucha para alcanzar un trono, cuyas gradas manchó de sangre, fué un castigo providencial como su muerte, y ninguno de sus herederos pudo gozar con tranquilidad de su nefanda herencia, comprada á costa de crímenes. Dejó por sucesor en su testamento á su nieto Febo, á quien su madre no permitió venir á coronarse hasta 1482, por temor á la enconada guerra que se hacian las poderosas casas de Beaumont y Agramunt que tenia dividida y asolada la Navarra; pero habiendo fallecido á los dos meses de su coronacion, entró á reinar su hermana Catalina que contra los deseos y manifestaciones de don Fernando, ya rey de Aragon, fué casada por el rey de Francia con Juan de Albret, conde de Perigord. Aunque ofensivo este paso hasta no mas para los reyes cat6licos que tenian pedida la mano de Catalina para su hijo primogénito don Juan, se contentaron por entonces con apoderarse de Tudela, porque se hallaban ocupados en llevar á cabo las gigantescas empresas de que en su lugar se ha hablado, y con hacer que los reyes de Navarra firmasen un tratado en que se obligaban á no prestar al francés auxilio alguno activo ni pasivo contra Castilla. Pero la conducta del navarro fué diametralmente opuesta á lo pactado, uniéndose á la Francia para perjudicar á don Fernando, exasperándose en cuantas ocasiones se le presentaban para ello, hasta que aprovechándose del conflicto en que se hallaba en 1507, cuando tan vivamente se disputaba la regencia de Castilla, lanzó á la guarnicion que tenia en Viana, apoderándose de la plaza y desterrando á los parciales del rey cat6lico. Esta ofensa colmó la medida del sufrimiento, y cuando de Albret no solo se negó á dar paso á las tropas castellanas, si que tambien se alió con la Francia, se decidió por fin á usar del derecho que en su testamento trasmitió la infortunada doña Blanca á los monarcas de

Castilla, y del que daba una bula del papa Julio II, en la que escomulgando á los reyes de Navarra por cismáticos y deponiéndoles, concedía sus estados al primero que los ocupase. Véase, pues, cuán lejos está de merecer este acto de buena guerra, el dictado de usurpacion con que la envidia estrangera le ha calificado. Con él quedó dueño don Fernando de toda la península, á escepcion de Portugal, y volviéronse sus miradas hácia Italia, donde la lucha entre Aragon y Francia, tornó á avivarse con la subida de Francisco I al trono de esta nacion. Deseoso este jóven monarca de hacer valer sus derechos al Milanesado, pasó á Italia al frente de un poderoso ejército, y obligó desde luego al virey de Nápoles don Ramon de Cardona á retirarse bajo el cañon de Plasencia. Ya estaba don Fernando abatido por la edad y por el nocivo efecto de una bebida que habia tomado años antes con el objeto de rejuvenecerse; pero á pesar de todo, dió las mas activas disposiciones para aprestar tropas y mantenimientos destinados á reforzar el ejército de Italia; y estando á punto de terminarlos, vino la muerte á arrebatarse este nuevo laurel. Habia recibido poco antes la noticia del fallecimiento del inclito Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien tan injusta como rigurosamente habia tratado en aquellos últimos tiempos, y fué tanto su pesar, que dirigió á su viuda, la duquesa de Terranova, una afectuosa carta de pesar, en la que encareciendo los altos y señalados servicios de que universalmente habia sido aclamado el Gran Capitan de su siglo, la prometió toda su proteccion y favor para ella y las cosas de su familia. Bien lejos estaba de pensar entonces el rey cuán breve habia de ser la duracion de su existencia, pues escrita esta carta en 3 de enero de 1516, á los 50 dias de la muerte del Gran Capitan el 25 del mismo mes era ya cadáver el poderoso monarca que la firmó. Tuvo, sin embargo, lugar don Fernando de arreglar convenientemente los negocios públicos y de otorgar su testamento, en el que nombró á su hija doña Juana por heredera de todos sus estados, y atendiendo á su incapacidad, de gobernador del reino mientras ella viviera, y heredero despues, á su nieto don Carlos de Austria, encargando la regencia de Castilla, hasta que este cumpliera 20 años al cardenal Jimenez de Cisneros, y al arzobispo de Zaragoza la de Aragon. Tenia 64 años cuando falleció en Madridejos, sin que en su larga vida y no menos dilatado reinado hubiese desmentido un

punto su caracter. Hábil gobernador, profundo político y esforzado guerrero, tenia el grave defecto de olvidar con harta prontitud los servicios que se le hacian, correspondiendo á ellos con marcada ingratitud y hasta con injuriosas sospechas, como sucedió con Gonzalo de Córdoba, y Colon. Su desconfianza rayaba en la exageracion, era altivo y duro, y poco fiel observador de la fé empeñada en los tratados; pero grande y magnánimo cual ninguno, á él se debió la unidad y fortaleza de la monarquia, y gran parte de la gloria que á una con su primera esposa doña Isabel, procuró para el pais. En la segunda época de su reinado se estableció el Santo Oficio en Aragon, dando lugar á las desgracias que ocasionó la resistencia de los naturales á esta institucion.

**FERNANDO VI:** nació en 10 de abril de 1712, hijo de Felipe V y de Maria de Saboya; recibió la educacion cual convenia á un príncipe destinado á suceder á un padre como el suyo y se adquirió con justicia el renombre de sábio. Amigo sobre todo de la paz dedicó todos sus esfuerzos á conseguirla, como que sin ella creia no podia procurarse la felicidad de tan trabajada nacion. La guerra, sin embargo, seguia cruenta en los Países Bajos y en Italia; pero al fin consiguió este buen rey dotar á sus pueblos del señalado beneficio á que aspiraba, firmando en 1748 el tratado de Aquisgran ó Aix la Chapelle, por el que se alcanzó la pacificacion general. Asentada la tranquilidad de España, y ayudado el benéfico monarca de ministros tan eminentes como Carbajal y el marqués de la Ensenada, los cuales, y en particular el último, elevaron á tan alto grado la marina, el comercio y los rendimientos públicos, todos los desvelos se cifraron en mejorar la condicion de sus pueblos. La creacion de la Academia de San Fernando, destinada á cultivar el estudio de las tres nobles artes, la institucion del jardin botánico, el camino real de Guadarrama, el observatorio astronómico y el colegio naval de Cádiz, el del Ferrol, el monasterio de las Salesas y la obtencion del apetecido concordato, que hizo anejo perpetuamente en 1753 el patronato real á la corona, son otros tantos monumentos de gloria eterna y sin mancilla para este buen rey, algo mas lisongeros y permanentes que los erigidos por otros sobre humeantes cadáveres, á costa de victorias conseguidas en los campos de batalla, y de conquistas que imponian un yugo, detestado siempre y siempre opresor. A sus propias expensas,

mandaba don Fernando hombres eminentes en todas artes y ciencias que estudiasen en el extranjero é importasen lo que conceptuasen ventajoso para el pais; y á él se debieron con la prosperidad del comercio y todos los ramos del saber, los descubrimientos y adelantos conseguidos por los ilustres marinos don Antonio Ulloa y don Jorge Juan, á quienes dispensó al efecto la mas amplia y generosa proteccion, como á Fejoo, Mayans y Florez, á Ortega, Burriel, Casiri, y Valdeflores. Y era todavía mas notable que á todas estas cosas y al engrandecimiento de la nacion se atendiera, rebajando al propio tiempo los impuestos, y aumentando con la general del reino la riqueza individual. Empero la acerba pena que le causó el fallecimiento de su muy amada esposa, le disgustó tan completamente de la vida pública, que abandonando los negocios se retiró á Villaviciosa. Su melancolia le ocasionó una complicada enfermedad, de la que fué víctima al fin el día 10 de agosto de 1759, en medio de las lágrimas y pesar de todos sus vasallos, que le acataban como á su ángel bienhechor.

**FERNANDO VII:** nació este príncipe el 6 de octubre de 1784, en el real sitio de San Ildefonso, del matrimonio de Carlos IV con Maria Luisa de Parma. Apenas habia cumplido cinco años, el 25 de setiembre de 1789, fué proclamado príncipe de Asturias. Convocados los diputados de las provincias para prestar el juramento de fidelidad, pidieron el restablecimiento de las córtes que Carlos IV habia abolido, y aun cuando sus votos quedaron sin efecto, fueron á lo menos una protesta enérgica y una prueba evidente de que la nacion tenia por sus antiguos fueros y de que las córtes eran su mejor salvaguardia. Los españoles, que todo lo temian del carácter débil y pusilánime de Carlos IV, pusieron todas sus esperanzas en el jóven príncipe, cuya educacion estaba confiada á dos hombres instruidos, y sobre todo virtuosos, á don Juan Escóiquiz y al duque de San Carlos, no ofreciendo los primeros años de Fernando circunstancias alguna que indicase que estas esperanzas estuviesen mal fundadas, pues con aficion al estudio y amor al trabajo hizo rápidos progresos, especialmente en las matemáticas, llamándole entonces poco ó nada su atencion los placeres de la corte. Don Manuel Godoy, que, como todo el mundo sabe, era en aquella época el verdadero soberano de España, comprendió muy pronto que no podria ejercer sobre el príncipe de Asturias

la influencia que tenia sometido á Carlos IV. Don Juan Escóiquiz y el duque de San Carlos, que ponian todo su cuidado y empleaban todo su celo en desarrollar las felices disposiciones de su régio alumno, y sabedores por otra parte de los proyectos que acerca de él fraguaba el príncipe de la Paz, creyeron de su deber inspirarle, y le inspiraron en efecto contra este ministro, un ódio que creció con los años. Inútiles fueron todas las tentativas de Godoy, pues su principal enemigo no era precisamente el pueblo, cuyos gritos impedia que llegasen hasta el rey, y cuya cólera podia desarmar disminuyendo los impuestos, recurso que tenia siempre en la mano; sino el príncipe de Asturias que podia hablar á su padre siempre que quisiera y que se hallaba por su rango en una posicion superior á los favores del ministro soberano. Godoy entonces varia sus planes de repente, y trató de hacer temible al rey al que este sabe que solo puede serlo para el favorito. Organiza, pues, alrededor de Fernando un sistema de espionage, y logra apartar de su lado á los hombres que le son mas afectos. Esperando sin duda obtener algun ascendiente sobre el ánimo de una princesa que él mismo habia escogido, el príncipe de la Paz entabló negociaciones con la Inglaterra; pero como sobreviniera la reaccion de la guerra entre esta nacion y España, se rompieron todas las negociaciones y Fernando se casó con una princesa de Nápoles, al mismo tiempo que el príncipe de las Dos Sicilias contrajo matrimonio con una infanta de España. Pronto se vió Fernando atacado en la persona de la princesa, su esposa, contra quien se dirigieron los tiros de la calumnia. Sabido es que esta princesa era de una hermosura extraordinaria, y que apenas se presentó en la corte de España, se apresuraron los jóvenes mas distinguidos de la nobleza á tributarle los homenajes de su respeto y admiracion. No ignoró la princesa de Asturias las calumnias atroces de que era objeto, y frecuentemente se la veia llorar, echando de menos su cielo napolitano, aquel cielo amado de su infancia y lleno de mejores recuerdos. El dolor era demasiado profundo para que pudiera dominarlo, y sucumbió á él en 21 de mayo de 1806.—El embajador de Francia en la corte de España sugirió al príncipe de Asturias la idea de pedir en matrimonio una princesa de la familia de Napoleon. La enemistad de Fernando á Godoy y el deseo de librarse de otra union que querian hacerle contraer con una princesa escogida por su mayor enemigo, le obli-

garon á escuchar las proposiciones de Mr. de Beauharnais: tratábase de la hija de Luciano Bonaparte. Fernando participó su resolusion al emperador; pero como llegase á noticia de don Manuel Godoy, logró irritar de tal modo á Carlos IV contra su hijo, que este dió al punto la orden para que recogieran todos los papeles del príncipe y le encerráran en el monasterio de San Lorenzo. Los papeles recogidos fueron una copia de la carta que escribió á Napoleon, una memoria sobre la conducta despótica de Godoy, y un escrito en que se nombraba al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva para el caso en que falleciera Carlos IV. En 50 de octubre se dió, en nombre del rey, y se dirigió al Consejo de Castilla, un decreto declarando traidores á la patria á Fernando y á todos los que le eran adictos. La prision del príncipe de Asturias, y mas que todo aquel decreto tan extraordinario, produjeron un efecto enteramente contrario á los proyectos del favorito, que conociendo entonces toda la gravedad de su posicion y el conflicto en que se hallaba colocado, se dedicó á entablar una negociacion entre el príncipe y sus padres, empezando por hacer firmar á aquel cartas llenas de sumision y arrepentimiento, que tuvieron por resultado establecer la buena armonia entre el padre y el hijo. Esta reconciliacion causó menos alegría á la corte que la noticia de la victoria alcanzada por las tropas españolas al mando del marqués de la Romana. Estas tropas, que hacian parte de los ejércitos franceses, se habian apoderado de Stralsund, en Prusia, ciudad importante de la Pomerania, así por la actividad de su comercio, como por su situacion sobre el Báltico, en frente de la isla de Rugen. No tardó empero la corte en ver alterada su alegría con la llegada de un correo francés al palacio real de San Lorenzo, portador de un tratado concluido y firmado en Fontainebleau el 27 de octubre por don Eugenio Izquierdo, como plenipotenciario de S. M. C., y el mariscal Duroc en nombre del emperador de los franceses. El resultado de este tratado fué hacer al emperador dueño del Portugal y darle un pretexto para introducir su ejército en la península, lo que no tardó en verificarse, apoderándose los generales franceses de las plazas fuertes de Pamplona, San Sebastian, Figueras y Barcelona, que podian oponer algun obstáculo á la invasion. Fué tal el terror que se apoderó del príncipe de la Paz, de Carlos IV y de Maria Luisa, que resolvieron abandonar el real sitio; pero sabiendo el pueblo la resolusion

tomada por el rey de retirarse con toda su familia á Andalucía, temiendo que Carlos IV imitase el ejemplo del rey de Portugal, que abandonando á su pueblo habia ido á establecerse á una de sus colonias, y sabiendo por último que se habia dado orden á las tropas de Madrid de trasladarse á Aranjuez para proteger el viage, cuyos preparativos no eran ya un misterio, se dirigió tumultuosamente al palacio de Aranjuez pidiendo la caida del favorito, quien se salvó milagrosamente ocultándose en un desvan entre unas esteras. (Véase ARANJUEZ, MOTIN DE). Los sucesos de Aranjuez se reprodujeron tambien en Madrid, y decidieron la abdicacion de Carlos IV en su hijo primogénito.—Ningun monarca subió al trono con mayor contentamiento de sus súbditos que Fernando cuando lo ocupó; ninguno tuvo á su disposicion mejores elementos para hacer la felicidad del pais. El mismo alimco con que Napoleon intentára arrebatarse el trono ofendiendo el orgullo español, hizo mas querido de sus pueblos á aquel monarca, y la felonía para con él empleada, redundó en su favor, captándole el amor de sus súbditos. Aunado su causa y nombre á la de su independencia, no dudaron de arrojarle á la desigual pelea, que admirando al mundo les dió el triunfo, humillando la altivez de su colosal competidor. Entonces se vió trabada aquella lucha empeñada y temeraria, lucha gigante en que un pigmeo derrocó á un coloso, lucha en la que hombres inermes, sin gefes, instruccion ni disciplina se atrevieron á presentarse frente á frente ante las temidas legiones triunfadoras en Austerlitz, Marengo y Jena, para disputarlas á costa de torrentes de sangre el título de invencibles. Vasto campo de batalla la península, cuanto en ella habia de generoso y noble, la juventud toda, sin distincion de clases, corrió á rechazar al invasor; y el sagrado fuego que en sus pechos ardia, el amor á la libertad y á la independencia nacional, convirtió en héroes á los mas pacíficos, en consumados gefes, á los que mas agenos se habian siempre mostrado á la carrera militar. Hemos dicho que el pueblo idolatraba al nuevo rey: acostumbreado á ver en él un constante enemigo del valido á quien odiaba, los españoles empezaron por simpatizar con el que amaron luego, porque intentaban arrebatárselo. Simbolizando en su persona la noble causa de su independencia, se acostumbraron los pueblos á aclamar á una ambos objetos, que en su entusiasmo ciego no creian posible separar; y sin embargo el mismo rey las separó despues. Pero no adelante-